

MEMORIAL DE JOSE CORONEL URTECHO

Orlando Cuadra Downing

"Más que nunca estoy convencido que la única forma útil que le queda a la literatura en la era post-Gutenberg es la 'memoir': la verdad absoluta, copiada exactamente de la vida, preferible el momento en que sucede."

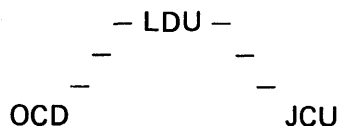
Gore Vidal en Myra Breckinridge.

Los primeros recuerdos que de José guardo en mi memoria, se remontan a cuando yo tenía unos ocho años y él unos doce. Nuestras familias estaban vinculadas por afinidad, ya que un hermano de mi madre —el Doctor Luis Downing Selva— estaba casado con Doña Antonina Urtecho de Downing, una hermana de la suya. Ellos eran los progenitores de Luis Downing Urtecho, primo hermano mío y muy querido para mí. Fue debido a esta vinculación que yo crecí pensando que José Coronel Urtecho y Joaquín Zavala Urtecho —hijos de Doña Blanca Urtecho de Coronel y de Doña María Urtecho de Zavala, "comadre" ésta de mi madre por ser madrina de una hermana mía —primos hermanos a su vez de Luis Downing Urtecho, eran también primos hermanos míos. (Si hago referencia a esta enmarañada relación familiar es para dar una pequeña muestra de que tal situación es corriente entre los miembros de todas las familias principales de Granada. Todos estamos vinculados en una forma u otra).

Cuando yo iba con Luis a las fiestas de familia de sus abuelos —el Doctor Juan Ignacio Urtecho y Doña Magdalena Avilés de Urtecho o de mi abuela —Doña Sabina Selva de Downing— me encontraba con José y con Joaquín y jugábamos juntos y platicábamos —¿qué cosas?, ¿qué temas? no lo sé ni lo recuerdo— pero así se fue creando cierta afinidad selectiva entre nosotros,

afinidad espiritual que ha perdurado hasta nuestros días y en el caso de Joaquín, hasta su muerte, que me hirió en el alma.

No fue sino unos pocos años más tarde, en el Curso Lectivo 1920-1921 del Colegio Centro América en Granada, cuando yo cursaba el tercer grado de Primaria y José el segundo año de Intermediaria, que me vine a dar cuenta que ni José ni Joaquín, eran primos hermanos míos. Cómo es que me dí cuenta no lo sé, pero recuerdo que ese descubrimiento me llevó a la conclusión de que el axioma de Aritmética Razonada que nos enseñaba el Padre Stella y que decía: "Dos cosas iguales a una tercera, son iguales entre sí", era falso. Y lo demostraba hasta con una gráfica, así:



Mi demostración de la falsedad del axioma rezaba de esta manera: "LDU es primo hermano de OCD; LDU es primo hermano de JCU, esto es, dos personas, OCD y JCU son primos hermanos (iguales) de una tercera persona, LDU; luego las tres personas deben ser iguales (primos hermanos) entre sí, pero no lo son, porque OCD y JCU

no son primos hermanos. Luego el axioma es falso. LQQD." Y yo me ufanaba de mi brillante demostración. Sin embargo, mi simpatía y ese apego íntimo de la amistad, no sufrían mengua. Ni tampoco la admiración y el respeto por la superioridad intelectual de José, que se nos imponía a cada instante.

Yo admiraba el modo de hablar de José, su peculiar pronunciación de la *ese*, su clara y distintiva elocución, su porte elegante, sus facciones finas que yo me figuraba griegas, su destacada presencia en todos los actos públicos y privados del Colegio.

El era el "lector" oficial a la hora del almuerzo y de la cena. En el amplio refectorio, lleno de largas mesas y bancas que acomodaban a los 125 o más alumnos internos y semi-internos, sobre una elevada tarima estaba un pequeño escritorio y una silla en la que se sentaba José a leernos. Durante la media hora o más que duraba la comida, José nos leía novelas como *Pequeñeces*, del Padre Luis Coloma, o *Miguel Strogoff* o el *Correo del Zar*, de Julio Verne, o bien *Víctimas y Verdugos*, *Cuadros de la Revolución Francesa*, no recuerdo de quién, lectura que nos mantenía callados y quietos, sólo atentos al desenlace desgraciado o feliz de las escenas leídas con claridad y entonación dramática que hacían más amena e interesante la novela. (En años posteriores, tuve el singular honor de sustituir a José como lector oficial, iniciando mi ciclo con *Amaya*, o *Los Vascos en el Siglo VIII* y *Doña Blanca de Navarra*, ambas novelas históricas de Francisco Navarro Villoslada. El ejercicio me hizo llegar a ser el buen lector que presumo que soy. Yo no quería desmerecer de mi magistral predecesor).

Y en la noche, cuando todo el Internado se congregaba en la Capilla para las oraciones en común antes de acostarse, era la voz de José la que nos movía el espíritu al arrepentimiento y la enmienda, cuando hacía en voz alta esta última Meditación:

"He de morir, y no sé cómo. Seré juzgado de Dios, y no sé cuándo. Si fuese esta noche, ¿qué cuenta le daría? ¿qué sentencia me tocaría? ¿Sería de salvación o de condenación? Y, con esta incertidumbre, ¿no lloraré mis pecados? Ahora que tengo tiempo, ¿no enmendaré mi vida?..."

Después de una pausa, la voz clara de José nos ofrecía el camino de nuestra salvación:

"Jesús, José y María, en Vos descansen en paz el alma mía".

Aquellos eran tiempos de profunda fe religiosa. La nuestra era una fe sencilla, la fe del carbonero. (1)

II

En el año de 1921, se celebró el Centenario de la Independencia con una regia velada en el Colegio a la que asistió con todo su Gabinete y su Estado Mayor, el Excmo. Señor Presidente de la República Don Diego Manuel Chamorro, y el Ilmo. Señor Obispo de Granada, Monseñor Canuto José Reyes y Balladares, cuyo aniversario de consagración episcopal se celebraba también.

Era en el mes de Noviembre, pues las fiestas se habían pospuesto debido a que el amplio Salón de Actos no pudo estrenarse en Septiembre como se tenía programado.

Esa velada dejó una profunda huella en nuestra mente. La asistencia de los Supremos Poderes, civil y eclesiástico, damas y caballeros de la mejor sociedad nicaragüense elegantemente vestidos, llenaban gran parte del extenso Salón de 50 varas de largo, 12 de ancho y 10 de alto, que con todos los invitados de honor, los familiares de los alumnos y los alumnos mismos, estaba de bote en bote.

Fue un momento de gran expectación cuando poco a poco se fue levantando el telón de boca para dejar ver un bello paisaje tropical que servía de trasfondo a Miguel Cuadra Pasos quien declamó un brillante polímetro de su cosecha exaltando la belleza y riqueza de nuestro suelo y las glorias y esperanzas de la Patria, el que mereció una nutrida ovación de la concurrencia.

Luego se puso en escena la tragedia de Bretón, "*Los Hijos de Eduardo (IV de Inglaterra)*". Los trajes de la época de las Dos Rosas que lucían los actores, eran un derroche de la elegancia y del arte exquisito de Doña Blanca Urtecho de Coronel, bajo cuya sabia dirección y refinado buen gusto fueron confeccionados. El elenco era de lo mejor: Lord Rippon, abuelo de los hijos de Eduardo IV, Constantino Lacayo Fiallos, el maquiavélico Duque de Gloucester, Eduardo Wheelock; el criminal instrumento del Regente, Edmundo Castillo; el simpático Duque de Buckingham, defensor de los príncipes, Aníbal Argüello, y los inocentes hijos de Eduardo IV, víctimas de la ambición de poder, Eduardo Alaniz y José Coronel Urtecho.

Todos actuaron en forma magistral y al final merecieron nutridos aplausos interminables del

público emocionado por la bien presentada tragedia.

Y para cerrar con broche de oro aquella noche de arte, José Coronel Urtecho le dedicó al Ilmo. Señor Obispo de Granada en el Aniversario de su Consagración, el siguiente bellísimo poema:

Al Ilmo. Señor Obispo de Granada
en el aniversario de su consagración.

Descansa, oh buen Pastor, porque es llegada
la hora de la siega.

¿No miras florecer la mies dorada
por la brisa agitada
en esta vasta y productora vega?

Los fuertes e incansables segadores
Ya las hoces afilan,
no temen del estío los ardores,
y si los mandas tú, nunca vacilan . . .

Descansa, que está listo
su brazo que el trabajo no doblega,
listos están para empezar la siega
en el nombre de Cristo.

También la juventud que se levanta
y de Cristo los lábaros tremola,
se alista aquí para la lucha santa
con las sabias doctrinas de Loyola.

En la viña de Dios, sagrado obrero,
has trabajado sin cesar un día,
bañando de sudores el sendero
que tu pié recorría

¿No ves ahora el pámpano que brota? . . .
Te recompensa Dios con sus favores
y la vid que regaste de sudores
un racimo te da por cada gota.

Una de las principales Asociaciones del Colegio era la Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe y San Estanislao de Kostka, a la que pertenecía gran número de alumnos, los que tenían un Director —el Padre Benjamín Acosta, S. J.— y una Junta de Gobierno que se encargaba de programar e implementar las actividades de la Congregación.

El Segundo Asistente del Prefecto de la Junta de Gobierno era José Coronel Urtecho.

Cada año, la Fiesta de la Virgen de Guadalupe —12 de Diciembre— Titular de la Congregación, se celebraba con gran pompa: Misa cantada, comunión general y recepción de nuevos Congregantes. Ese día había un acto literario en honor de la que diez años más tarde, en 1931 IV

Centenario de su aparición a Juan Diego en la Colina del Tepeyac habría de ser coronada como Reina de América. En aquella fecha y en ese acto, José, en nombre de la Congregación leyó el poema titulado "la Congregación a los pies de su excelsa Patrona ofreciendo sus obras".

Así, con destacadas actuaciones en la vida del Colegio; con sus producciones literarias en verso y en prosa, José Coronel Urtecho, de apenas cumplidos los 15 años, no aún los 16, era ya entre nosotros considerado como un consumado poeta, y así se le llamaba: "El Poeta Coronel".

En los "Recuerdos del Colegio", publicación anual que recogía las actividades de los alumnos durante el año, aparecían con frecuencia los poemas de José y sus composiciones en prosa que desde entonces barruntaban al consagrado poeta y prosista que habría de llegar a ser.

En el siguiente trabajo, que reproduzco para salvarlo del olvido, pueden observarse las raíces o los embriones de dos poemas suyos que al final de la década de los años 20, en la época del Movimiento de Vanguardia, serían como hitos de la nueva poesía. Me refiero a las Odas a la Torre de la Merced y al Volcán Mombacho.

La composición es la siguiente:

Bellezas naturales de Granada

La pintoresca planicie en que Granada reposa recompensa sin duda con sus bellezas naturales aquel sello antiguo y señorial que las llamas le robaron, y no han podido volver a imprimirle sus hijos con las nuevas construcciones.

Si el viajero no puede, como antes, admirar en ellas las viejas moradas con aquellas ventanas y pórticos de alto valor arquitectónico que le daban un aspecto marcadamente español y arcaico, puede sin embargo extasiarse ante la sublime contemplación de sus auroras y sus puestas de sol que no envidian en nada a los ya novelescos atardeceres del puerto de Nápoles.

A donde quiera que vuelva uno la vista la fija en un paisaje natural, nuevo y atrayente. En vacaciones suele ser uno de mis encantos más intensos subirme a lo más alto de la torre de la Merced para contemplar la gran variedad de panoramas que comienzan desde los alrededores de la ciudad y que van a perderse esfumándose allá en la lejanía del horizonte.

Allá está el Mombacho engalanándose con todos los matices del azul y del verde para cubrir las formas caprichosas de sus cumbres en

que la imaginación popular cree ver toda suerte de figuras de animales feroces, y luego le sigue una gran hilera de colinas que parecen a lo lejos las cúpulas abovedadas de unos templos de arquitectura musulmana. Por otro lado están las barrancas de la laguna de Apoyo que alumbra-
das de lleno por el sol, creyéranse de plata refulgente. Después, el horizonte a veces engalanado con su regio cortinaje de nubes, a veces claro, diáfano, azul, muy azul . . . y enfrente, con toda la majestad de su grandeza, con todo el encanto de sus riberas está el lago empeñado en tejer para su reina un manto de espumas. Quien le viese en una mañana de Abril cuando el sol está más ardiente y la brisa más débil, tan quieto, tan inmóvil, lo creería helado, si una vela nítida como la garza no dejase en sus cristales una raya blanca e interminable, una estela como el trazo del diamante en el espejo. Entonces es cuando las isletas y las barcas del muelle parece que se están mirando extasiadas ante su imagen, reflejada en la quieta y transparente superficie.

No así cuando sopla el viento huracanado de Diciembre y se encrespa el terso cristal. Esa es la furia del coloso que ha costado tantas vidas y tesoros, que ha tragado tantas naves; pero aún entonces no olvida que a su lado está Granada, la Sultana de sus cánticos, y al llegar la ola enfurecida a la costa de arena, recoge su bravura, lame blandamente las finas piedrecitas y se retira dejando la ofrenda de su blanco tejido.

Ante el mar resentimos algo así como el efecto de lo sublime, pero nos llena de temor su furia, de silencio su inmensidad. El alma valiente, la loca imaginación se sienten incitados a internarse en él en una canoa pequeña, de corteza de encina, y después de la terrible lucha a ser vencido por la fiera tempestad bajo el callado testimonio de la luna.

El lago es bello, majestuoso, graciosamente sublime, pero llena de alegría nuestros pechos y es amado de las almas serenas. El mar no admite vallas, abarca entre sus brazos destructores los más grandes continentes, abraza y altanero no deja que lo abracen; devora atlántidas. El lago duerme en el regazo florido de su madre, su furia es la furia del niño que pronto se despeja; no desafía los cielos.

A esa calma de su lago y de su cielo, une Granada la belleza de sus campos perpetuamente verdes, como testimonio de la exuberancia de una tierra virgen, sedienta de labor y de cultivo. En todas partes vemos la mano de Dios pródiga y benéfica; la mano de los hombres, débil y mezquina, se pierde por completo a nuestra vista.

Nunca se vió hermosura más augusta que la de un atardecer en aquellas colinas que se extienden más allá de la laguna de Apoyo. Todas las cumbres se doran con un oro brillante, los cielos se entoldan de nubes plateadas y de color de rosa o amarillas y a la vista de la poesía en la madre naturaleza, el alma se arroba y siente una alegría intensa, algo inexplicable, como ganas de reír y llorar y de volar muy alto hasta quemarse en la hoguera del sol. Eso es lo que a mí me pasa y no puedo comprender, son los sentimientos de mi alma ante la belleza inefable de las obras de Dios, tan llenas de grandeza, de originalidad y de encanto.

De ese mismo año lectivo 1921-1922 es el romance que sigue con el que se muestra el dominio del novel poeta de la métrica castellana:

El Turbión

Al clarear la aurora
de Chontales en la sierra,
sin temor entre las ondas
la hermosa barca se aleja.

Las blancas néveas espumas
en sus bandas juguetea
y al impulso de los vientos
corta las aguas ligera
dejando cual un adiós
tras de sí la blanca estela.

Van los rudos pescadores
cantando tristes endechas
al compás de la guitarra
que lanza notas y quejas,
y a la música del viento
en la lona de las velas
sobre las olas tranquilas
la barca se balancea
y allá, lejos de la costa,
parece garza que vuela
y yendo a ras de las aguas
moja sus plumas apenas.

.....

De repente agudo silbo
a turbar la calma llega
y el horizonte tranquilo
de nubarrones se puebla,
el viento a soplar furioso
y a agitar el lago empieza
y con estruendo las olas
contra la barca se estrellan;
se escucha el hórrido trueno
que en los ámbitos resuena
y la ronca voz del jefe
que a todos les grita alerta;

acuden los marineros
a maniobrar en las velas
con rapidez ordenada,
que la tempestad no espera.

La bruma todo lo envuelve
con su manto de tinieblas,
hiere el látigo del cierzo,
y cae la lluvia recia,
la barca salta con furia
y vacilante traquea,
y querer volver atrás
temible locura fuera.

Las olas bañan el puente
las lonas gimen y tiemblan
y el relámpago y el trueno
a los marinos aterran.
Voces pidiendo socorro
hasta los cielos se elevan

.....

Reina silencio profundo . . .
Ya . . . la borrasca se aleja
y entre las nubes asoma
la faz del astro serena.

.....

Al llegar la barca al muelle
del fiero turbión maltrecha,
de los marinos al cielo
una plegaria se eleva.

Y como alumno del 3er. Año de Intermedia-
ria, no iba José a la zaga en los estudios, no estaba
desatento en clase porque su imaginación o su
fantasía anduviera volando en las regiones siderales
inspirado por las Musas, antes por el contrario,
estaba entre los primeros de su clase, como
puede verse por los premios de Aprovechamiento
de su Año que fueron leídos en la solemne
ceremonia del Colegio que era llamada Distribución
de Premios y Dignidades, con la que se clausuraba
el Curso 1921-1922 que a continuación reprodu-
cimos:

PREMIOS DE APROVECHAMIENTO

3er. Año de Intermediaria

Religión y Moral

- | | | |
|-----|---------|----------------------------|
| 1a. | Mención | D. Dionisio Cuadra Benard |
| 2a. | " | D. José Coronel y Urtecho |
| 3a. | " | D. Aníbal Argüello y Núñez |

Lengua Castellana

a) Historia de la literatura española y americana

- | | | |
|-----|---------|--------------------------------|
| 1a. | Mención | D. José Coronel y Urtecho |
| 1a. | " | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 2a. | " | D. Carlos Argüello y Cervantes |
| 3a. | " | D. Jacobo Martínez y Urtecho |

b) Composición en Prosa

- | | | |
|-----|---------|--------------------------------|
| 1a. | Mención | D. Ernesto Sequeira y Arellano |
| 1a. | " | D. Miguel Cuadra y Pasos |
| 2a. | " | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 3a. | " | D. José Coronel y Urtecho |

c) Composición en Verso

- | | | |
|-----|---------|-----------------------------|
| 1a. | Mención | D. José Coronel y Urtecho |
| 2a. | " | D. Aníbal Argüello y Núñez |
| 3a. | " | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 3a. | " | D. Dionisio Cuadra y Benard |

Ciencias

a) Mecánica y Física

- | | | |
|-----|---------|--------------------------------|
| 1a. | Mención | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 2a. | " | D. José Coronel y Urtecho |
| 3a. | " | D. Carlos Argüello y Cervantes |

b) Cosmografía

- | | | |
|-----|---------|--------------------------------|
| 1a. | Mención | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 2a. | " | D. Carlos Argüello y Cervantes |
| 3a. | " | D. José Coronel y Urtecho |

Historia Universal

- | | | |
|-----|---------|--------------------------------|
| 1a. | Mención | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 2a. | " | D. Ernesto Sequeira y Arellano |
| 3a. | " | D. Aníbal Argüello y Núñez |

Lenguas

a) Latín

- | | | |
|-----|---------|--------------------------------|
| 1a. | Mención | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 2a. | " | D. José Coronel y Urtecho |
| 3a. | " | D. Ernesto Sequeira y Arellano |

c) Francés

- | | | |
|-----|---------|--------------------------------|
| 1a. | Mención | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 2a. | " | D. José Coronel y Urtecho |
| 3a. | " | D. Carlos Argüello y Cervantes |

b) Inglés

- | | | |
|-----|---------|--------------------------------|
| 1a. | Mención | D. José Coronel y Urtecho |
| 2a. | " | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 3a. | " | D. Ernesto Sequeira y Arellano |

Dibujo

- | | | |
|-----|---------|---------------------------------|
| 1a. | Mención | D. José Coronel y Urtecho |
| 2a. | " | D. Dionisio Cuadra y Benard |
| 3a. | " | D. Guillermo Castillo y Ramírez |

Las actividades del Colegio en el Año Escolar de 1922-1923 fueron múltiples y variadas. José escribió la siguiente crónica de una

Excursión a la Isla "Ometepe"

Muy temprano sobre el lago tranquilo, como una superficie de plata bruñida, el Victoria se desliza rápidamente, sin balancearse siquiera, en medio de una suave neblina matinal. Visto desde el Colegio debe parecer un gran pez que deja tras de sí un tejido de espuma que tarda en deshacerse.

Entre tanto en el barco la alegría bulle con el estrépito de cien voces que para despedirse de Granada se levantan a coro. Los chicos y los grandes chillan en el colmo de su entusiasmo mientras se va desarrollando ante los ojos el delicioso panorama. Tierra adentro, Granada esconde los techos rojizos de sus casas entre el verdor de los árboles, y como para mostrar su fe, levanta señalando al cielo, las torres de las Iglesias, blancas. Mientras el sol va despejando la niebla, el Mombacho parece surgir sobre el horizonte, por encantamiento.

Damos vueltas a las isletas que, según Guillermo Cuadra, valen más en un lienzo de "Laus Deo", y luego el Victoria se dirige a Zapatera siguiendo una ruta pintoresca en extremo.

Si he de decir verdad no gocé mucho del paisaje, distraído como estaba por la alegría interior, una alegría loca y avasalladora.

Se ríe, se grita, se conversa y se devoran naranjas con una avidez inconcebible.

Por fin nos encontramos frente a Moyogalpa. Dos o tres casitas pequeñas se divisan. En el fondo, el Ometepe humea a intervalos. Son las 11 y media de la mañana, el sol irradia esplendorosamente sobre nuestras cabezas y la reverberación de las aguas tranquilas hiere la mirada.

Allí mismo, en el vapor, sentados junto a la baranda del piso superior, nos es servido el almuerzo, un yantar espléndido, sólido, reconfortante, el más acomodado a las circunstancias.

Luego a los botes y a tierra. Un maestro del Seminario San José, que ha sido invitado al paseo, resbala y cae al agua. Entre los esfuerzos desesperados por asirse al bote no se olvida de que tiene en la mano su sombrero y procura con peligro de sí propio, salvarlo de las aguas destructoras. Por fin estamos todos en el pueblo en perfecta alegría y hasta el maestro remojado parece contento mientras se orea al sol.

Ante todo pensamos en contemplar de cerca, en cuanto el tiempo lo permita, al inquieto volcán en cuyo seno se esconden amagos de catástrofe.

Allí en frente, se levanta imponente con la cónica grandeza de su mole y el atrevimiento rudo de sus líneas, como el centinela que en tiempo de guerra espera firme en su puesto la ocasión de disparar. Es el viejo volcán, indígena por la raza y por el nombre. El cráter que se abre en medio de la cúspide elevada, humea y ruge como la boca del infierno. Todo el derredor está cubierto de una capa enorme de ceniza que según aseguran los vecinos tiene un espesor de muchos metros, y siguiendo el declive del gran cono bajan los anchos canales en donde el volcán ha vertido lava ardiente. Con frecuencia la tierra retumba debajo de nosotros.

Hay un vasto silencio entre los que antes éramos como pájaros en la mañana: sumidos en muda contemplación, admiramos la magnificencia del coloso a quien la fantasía popular ha puesto un vestido de leyenda. Mientras el volcán ruge amenazante, alguien osa decir: "He aquí a uno de los lictores de la ira de Dios."

Y hémos de nuevo en el Victoria rumbo a Granada; son cerca de las cuatro de la tarde y el lago se ha puesto muy inquieto. El barco se balancea fuertemente azotado por las olas que al golpear sobre las bandas, estallan en un millón de gotas blancas. ¡Lástima! La agitación del Victoria nos va tumbando a casi todos, atacados del mareo. Pocos son los que se conservan en pie y pueden admirar el capricho de la naturaleza derramando a manos llenas aquel agrupamiento de islotes cubiertos de verdor y floración, y respirar a pulmón lleno los aires capitosos. De veras lamento haber sido yo de los mareados por no haber podido apacentar las miradas en aquel paisaje lleno de vida y alegría donde todo canta un himno de alabanza: las olas al golpear sobre las peñas y los pájaros y la brisa entre el ramaje.

Cuando arribamos al muelle era casi de noche. Algunas estrellas comenzaban a brillar y sólo allá por las colinas del ponien-

te se veía un rastro rojo como de sangre con que se despedía para siempre aquel día tan feliz.

En un "Recreo Literario" dedicado al R. P. Rector Ernesto Rizzi, S. J., en el día de su onomástico, se escogió como tema la ciudad de Granada. Guillermo Castillo Ramírez dijo la "Propulsión" y fue presentando a cada uno de los participantes, quienes leían o recitaban sus composiciones: Guillermo Cuadra Pasos leyó unas cuartetas humorísticas sobre las "Bellezas naturales de Granada"; Eduardo Alaníz recitó en verso una descripción de "Granada en el siglo XVI"; Aníbal Argüello describió en vividas décimas a

"Granada y los piratas"; José Coronel Urtecho dijo el poema "Granada por la independencia" y para un acto literario el día 12 de octubre, escribió, también en verso, una "Plegaria a Colón".

El 18 de enero de 1923, llegó al colegio, expulsado de Guatemala por el General Mariano Paredes, el Arzobispo de esa República, Monseñor Luis Javier Muñoz y Capurón, S. J. A su llegada José Coronel le dió la bienvenida con un "Saludo" en verso.

SALUDO

Ha llegado a nosotros el Apóstol de Cristo
que la faz de las penas en su sendero ha visto,
y que ha cargado con la Cruz.
El Apóstol proscrito como Juan. El que riega
en simiente de Paz y de Bien donde llega
las enseñanzas de Jesús.

.....
.....

Lo demás es historia ya conocida que traspasa los ámbitos del recuerdo para hacerse realidad viva y permanente entre nosotros: la brillante personalidad de José Coronel Urtecho, honra de las letras hispanoamericanas y gloria de Nicaragua.

Mi admiración de niño se ha convertido en el orgullo del hombre, porque este hombre, común y corriente como es, tuvo la gran satisfacción de ver nacer a un astro de nuestras letras nicaragüenses: al POETA CORONEL